

Ante todo debo cumplir con el encargo que me hizo el Sr. arzobispo, antes de iniciar su largo viaje hacia la isla de Guam, de traerles su saludo lleno de afecto y una bendición muy especial para todas vdes. y también para los trabajos que hoy inician.

Y si ahora me permiten , unas brevísimas palabras, para una reflexión cristiana, que les sirva como de telón de fondo de todas las tareas, de todo el diálogo ,que van a realizar durante estos días.

Si tuviéramos que definir nuestro mundo, este tiempo presente que nos ha tocado vivir por voluntad de Dios, podríamos decir que su característica predominante es la de una profunda aspiración al bienestar.

Vivimos una época en la que las ciencias, las técnicas, todo el esfuerzo humano, se orienta hacia el confort, hacia la comodidad ,hacia una situación nueva en la que el dolor humano no tenga cabida.

Nada mas lejos de la mente de la Iglesia el condenar este esfuerzo -salvo en lo que entraña de egoísmo-,esfuerzo que Dios ha querido al hacer al hombre inteligente y al lanzarlo desde su creación por los caminos de un progreso que es una forma de completar la obra creadora por El emprendida.

Pero también hay que decir que nada mas lejos de la realidad y de la misma voluntad de Dios que el pensar que el hombre, con su esfuerzo, pueda desterrar el dolor,el sufrimiento,en una palabra, el mal, del mundo, de una manera total y absoluta.

Tal vez por eso, en esta época admirable desde el punto de vista del progreso científico, el dolor se ha convertido en una carga insufrible, en una especie de fantasma que estremece a todos y que lleva consigo también la desesperación y el desaliento para tantos seres humanos.

Y entre los sufrimientos posibles en el mundo de hoy, tal vez sea la enfermedad el que destaque como el mas temido, como el mas doloroso, ya que, al fin y al cabo, cada enfermedad viene a ser como un poco de muerte anticipada, viene a ser como el recuerdo de ese girón final de la existencia al que el hombre está inevitablemente llamado.

Todo ello hace que para la Iglesia, el enfermo, -todo enfermo-, se convierta en objeto fundamental de su amor y de su solicitud pastoral.

El mensaje del Señor tiene tres vertientes esenciales de cara al hombre, en general, y de cara al enfermo en particular:

-En primer lugar, la fe. La fe en Cristo. Pero la fe en Cristo resucitado, vencedor de la muerte y del pecado. Para nosotros la muerte no es el fin sino el principio, el paso a la felicidad eterna. Por la resurrección del Señor, la muerte ha sido vencida y el dolor se ha convertido en participación del sufrimiento de Cristo, que es la cumbre del amor, tanto divino como humano. Desde la cruz, y solo desde la cruz, el dolor humano puede cobrar una plenitud de sentido. y la enfermedad puede pasar de ser un mal, a convertirse en un bien plenamente aceptado como redención de la humanidad entera en Cristo.

-En segundo lugar la esperanza. La esperanza como ilusión de un más allá que convierte el sufrimiento en certeza de felicidad eterna. El Señor ha dicho que son bien-aventurados los que lloran, los que sufren, los que en este mundo viven cualquier forma de pobreza, sea material, sea espiritual, sea física o mental.

De tal manera ha asumido Cristo todo el sufrimiento humano que todo dolor lleva ya impreso en sí mismo el signo de la cruz y, con ese signo, la esperanza de la resurrección y de una felicidad que no tendrá nunca fin.

-En tercer lugar, el amor. Tal vez solo el que sufre tiene capacidad de amar de verdad porque solo el que sufre tiene la posibilidad de dejar de amarse a sí mismo, por encima de los demás. En todo caso y desde Cristo, toda forma de sufrimiento ha cobrado un valor de redención que no es más que la expresión del infinito amor de Dios por los hombres.

Este viene a ser el gran mensaje de Cristo para los enfermos, un mensaje que cristalizando en fé, en esperanza y en amor, los incorpore plenamente a su obra salvífica, a la par que les ofrece los principios de su

propia salvación identificánolos con El que fué el "varón de dolores" por autonomasia.

Vds., que el Señor ha querido dotar de una específica vocación para atender a los enfermos, deben de ser muy conscientes de que Dios, Cristo y su Iglesia están actuando a través suya, realizando instrumentalmente por su medio, uno de los aspectos centrales de la obra de Evangelización: anuncian la Buena Nueva de salvación a los que sufren, liberar a los oprimidos por la enfermedad llevándoles, con su palabra, con sus gestos, con su amor, el anuncio de que son bienaventurados, de que deben vivir la esperanza, de que deben creer y amar, porque el Hijo de Dios hace dos mil años murió en la cruz para dar una plenitud de sentido a todo sufrimiento humano.

Que el Señor les ayude a cumplir su obra, les ilumine para ser fieles a su vocación y les bendiga en todos los momentos de su vida.